

Mucho hemos leído y, a menudo con gusto, sobre personajes a los que la suerte les abandona. Personajes que no solo no saben salir del atolladero, sino que cada vez se van hundiendo más en él. Así se encuentra el narrador y protagonista de *Tan tuyo como tu muerte*, el veterano policía Abel Claramunt. Un desencantado a quien nadie soporta, que después de dos divorcios vive castigado por la mala salud. Tampoco disfruta precisamente de buena suerte la joven María Asunción, una chica metódica y esforzada, buena estudiante, que ha desaparecido, y cuyo paradero debe averiguar el policía.

La mala suerte es todo un *leitmotiv* en la novela negra, y también, por descontado, fuera del género. Pero resulta mucho más interesante cuando, como es el caso, el autor, Emili Bayo, abandona con habilidad e inteligencia el habitual discurso victimista y se arriesga a profundizar en realidades humanas complicadas dejando a un lado moralismos fáciles. Todo resulta mucho más complicado de comprender y juzgar cuando los personajes respiran, caminan y cometen errores tal y como lo hacemos nosotros.

En manos de Bayo, filólogo, profesor de Literatura en castellano y editor de poesía de largo recorrido, el juego de la ficción y la reflexión que entraña la escritura añaden interés y profundidad al punto de partida, convirtiendo las regiones boscosas de Lleida en un terreno donde casi todo es posible. Cuentos populares como el de *Hansel y Gretel* adquieren una fuerza renovada, un especial dramatismo,

dentro de una novela que nos habla de abandono, incomprensión y malos tratos.

Tan tuyo como tu muerte combina con sabiduría narrativa el tono intimista, la tristeza que se desprende de cada uno de los personajes, sin alternativa a su destino trágico, con los secretos que necesitan ser revelados. Quién sabe si demasiado tarde...

Lo más importante de todo es que por encima de discursos aprendidos o prejuicios, Emili Bayo se adentra en realidades humanas sorprendentes con eficacia y expresividad, dando el relieve adecuado a cada sentimiento, pintando cada una de las páginas con una paleta de colores que oscila entre el negro y una amplia gama de grises.

Son muchos los temas subyacentes en esta novela, muchas las inquietudes que la animan, y la función de este prólogo no es ofrecer un listado. Pero aquí se habla, como dije, de la incomprensión que a menudo padecen los jóvenes, de violencia... Cuando todo ello se ve con valentía y originalidad, desde un punto de vista arriesgado, encontramos una novela sensible e inteligente, bien desarrollada, que seguramente nos invitará a reflexionar e incluso alimentará polémicas. Al menos yo espero que así sea. Como decía aquella frase tan profundamente acertada, la mala suerte no nos la traen los espejos rotos, sino los cerebros rotos.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

Martes, 6 de noviembre

El chorro desprendía un brillo como de ladrillo húmedo y un olor fuerte de cebolla frita. Intenté concentrar en él la mirada hasta mucho después de que se hubiera extinguido y no llegué a determinar lo que sentía. Resultaba todo tan extraño... Me habían avisado contra esa tonalidad de arcilla sucia, pero el cumplimiento del presagio médico había conseguido inquietarme igualmente. Ni siquiera me atreví a sacudir aquel pingajo, quizá por miedo a que acabara retorciéndose dolorosamente entre mis manos.

«¡Mierda! Va a ser verdad que esto se acaba».

Después, me detuve ante el espejo y estudié la sonrisa burlona del tipo que me miraba desde el otro lado del cristal. No era yo, desde luego. O al menos no era la persona que había vivido mi vida hasta entonces o, para ser más preciso, hasta unas pocas semanas atrás, cuando el puto oncólogo del Hospital Vall d'Hebron puso cara de capullo apenado para pronunciar el diagnóstico, como si mi vida le importara un pimiento. Saber que todo se estaba terminando provocaba un brillo diferente en el fondo de mis ojos. Quizá porque contemplaban el mundo de manera distinta, o porque se habían armado con una especie de tranquilidad o de sabiduría o tal vez de desesperación que había desplazado al miedo de los primeros días. La conciencia de fragilidad me hacía fuerte. El moribundo se sentía renacer. La paradoja como forma de vida.

Me lavé con paciencia las manos, con mucho jabón, como si tuviera que arrancar una costra de años. Puesto que se había acabado el rollo de papel secante, salí del

servicio con las manos medio levantadas, como el cirujano que entra en el quirófano para una operación. Era como entrar a la vida dispuesto a destriparla.

—Lo está esperando el intendente, sargento.

Lo había dicho la voz impaciente y cansada de quien considera que le encargan cometidos muy por debajo de sus capacidades. La cabo de uniforme me dedicaba su cara de asco de los días festivos. Me incliné a pensar que la vida al menos era justa en algo y que aquella tía antipática y de mirada altiva que me había recibido en la entrada de comisaría y que me había enseñado el camino hasta el lavabo cumplía con su verdadero destino en la vida.

—Estará impaciente.

La cabo estirada y cariagria me precedió por un pasillo largo y desangelado, y se detuvo ante la puerta de una oficina con tabiques de vidrio y persianas venecianas de lamas grises. Se me ocurrió que en una comisaría todo parecía estar pensado para provocar bostezos. La puerta estaba abierta, así que entré. El tipo rechoncho y casi calvo del otro lado de la mesa se levantó marcialmente y extendió una mano protocolaria, fría, flácida. Recordé la misma flacidez de mi polla y lamenté haberme lavado las manos. El intendente De Gea ni se había molestado en sonreír.

—Lo esperábamos, Claramunt. Aunque debo reconocer que no con muchas ganas.

Por supuesto, no había previsto un recibimiento con ramos de flores y banda de música, pero aquella cara de fastidio resultaba casi una ofensa. Me escupió cuatro frases manidas sobre la discreción, el trabajo en equipo y la dedicación abnegada y silenciosa mientras yo cabeceaba servil con la esperanza de que aquella mierda de discurso terminara pronto. Pero no funcionó. Quizá porque yo callaba y lo miraba casi con pena, al tipo se le fueron calentando poco a poco las cuerdas vocales y la mala leche y pronto pareció dispuesto a rifar las plazas para el pelotón de mi fusilamiento.

—¡Hay que joderse! —Se dio por vencido mientras se dejaba caer de nuevo en su silla, que imaginé reforzada con barras de acero—. ¿A quién quiero engañar? Mire, Claramunt, seamos sinceros. Yo no pretendo gustarle y, por supuesto, usted no gusta a nadie. No sé qué malnacido ha creído que era una buena idea mandarlo a mi comisaría. Pero no dudaré en aprovechar cualquier excusa para corregir ese lamentable error.

—Yo también me alegro de conocerlo, jefe.

Álvaro De Gea era el intendente responsable de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Lleida, adonde me habían destinado tras estar dos meses apartado del servicio. En una valoración superficial, De Gea podría pasar por un tipo agradable y bonachón que espera el día de la jubilación sin más aliciente que ir sumando trienios, pero por sus venas circulaban ríos de mala leche.

—Si usted no me toca los huevos, yo procuraré no rompérselos. De lo contrario, lamentará haber aceptado este destino.

Bueno, no es que me hubieran dado mucho para elegir. La comisaría de Lleida o una expulsión deshonrosa. El intendente parecía opinar que había equivocado la elección.

—Es bonito saber que lo aprecian a uno —dije con el punto de entusiasmo suficiente como para que no pareciera que estaba a punto de morirme de asco.

—Vaya, además de policía también es usted humorista. Nos vamos a reír mucho con usted por aquí, Claramunt. He hablado con su último superior y rezumaba felicidad por haberlo perdido de vista. Eso es lo mejor de usted, que provoca una enorme alegría cuando se marcha. A ver si me explico con claridad: es usted una mordedura de culebra en el escroto, un grano de pus humanizado... En fin, espero que aprecie mis metáforas. Me ha hecho usted ponerme lírico. En su expediente hay tantas manchas que parece que una piara de cerdos lo haya utilizado de mantel para un pícnic.

En el mismo edificio, en la segunda planta, se hallaba la sede de la Región Policial de Ponent, que se encargaba de dar apoyo a todas las comisarías de la provincia de Lleida y estaba a cargo de otro intendente que, al parecer, tenía menos edad, pero más ambición, mucho más talento y un currículo sembrado de distinciones y éxitos. Por eso, De Gea vivía acongojado por la oscuridad a la que lo condenaba el carisma del responsable de la segunda planta.

No me alteró aquel recibimiento porque iba advertido. De Gea era la encarnación de la frustración y la amargura, un auténtico cretino, no había que darle más vueltas. Asentí como un lacayo y me largué en cuanto el tipo se cansó de piropearme. Me dolió más mi segunda visita, a la sala de la Unidad de Investigación Criminal, donde iba a trabajar bajo las órdenes del subinspector Busquet, que me acogió con una cara de asco aprendida en algún manual de interpretación por correspondencia:

—Somos la alfombra bajo la que los de Barcelona esconden la mierda que no saben dónde meter.

Supongo que debería haberme callado y aceptar en silencio la mala fama que me precedía, pero la nueva condición de moribundo me aliviaba la prudencia. Puesto que Busquet se había quedado callado, entendí que la situación requería un comentario.

—Mucho poeta en esta comisaría, subinspector. Espero que los mierdas que lleven mucho tiempo por aquí ya hayan dejado de oler mal.

Aunque le dediqué una sonrisa, no vi en sus ojos simpatía ni, por supuesto, el brillo de una propuesta de amistad abnegada e incondicional.

—Me han hablado de usted, Claramunt. Sé que es un mal bicho. Uno de esos tipos que han decidido reinventar la profesión a su modo. O quizá es simplemente que, después de tanto tiempo de relacionarse con maleantes, ha acabado convertido en uno de ellos.

Estuve de acuerdo en que llevaba demasiado tiempo limpiando suciedad en las calles. En junio había cumplido cuarenta y siete años y llevaba veintitrés de servicio, primero trabajando en tareas administrativas en la Policía Nacional y luego como agente en los Mossos. Quizá aquel idiota tenía razón y la maldad se traspasa de uno a otro como una pringue cualquiera. Tal vez el cáncer de próstata que me estaba pudriendo por dentro y que solo mi oncólogo y yo conocíamos fuera la fermentación de ese poso de años. La vida podía ser una mierda, pero no iba a quedarme en casa sentado a esperar que se acabara.

—No saque conclusiones precipitadas, jefe. En mi último destino, más que de metáforas, abusaban de la hipérbole.

El subinspector Busquet tenía una de esas caras amelonadas que están pidiendo a gritos que las partas de un puñetazo. Toda una tentación. Se le había puesto esa mirada tenebrosa y esa voz estridente que solo los idiotas consideran que tienen que utilizar los policías para amedrentar a un sospechoso. Pero si ese tipo había sido en algún momento un buen policía, ya hacía mucho tiempo que lo había olvidado. Solo hacía falta echar una ojeada a su mesa de trabajo para comprender que vivía sepultado entre papeles y acojonado por las llamadas telefónicas de los altos mandos. La conversación, o quizá la tonelada de pastillas que cada día me zampaba, empezaba a producirme náuseas.

—Todo usted es una hipérbole, Claramunt. Pero no me venga con retóricas, no me va a impresionar con su palabrería. Pienso cubrirme bien las espaldas. Como no soy gilipollas del todo, voy a colgarle de los huevos a alguien que lo vigile y me tenga informado de sus desatinos.

Cogió el teléfono, apretó una tecla y eructó un apellido: «¡Artero!». Especulaba con el tipo de gorila desalmado con el que habían decidido emparejarme cuando apareció por la puerta una chavala de mirada asustada y gorra impecable. Era tan joven que seguro que alternaba el disfraz de

policía con un uniforme de colegio de monjas. ¡Una simple novata! Estuve a punto de echarme a reír.

—Azucena Artero a su servicio, subinspector —dijo la chica con una voz aflautada, tan dulce que estaba al otro extremo de inspirar alguna autoridad.

—Ella le enseñará dónde está su mesa y cuáles son sus actuales responsabilidades —aulló Busquet. Había dejado de mirarnos, como esperando que desapareciéramos de allí, pero en el último instante se sintió obligado a añadir alguna cosa—. De momento, hasta que encontremos una ocupación digna de la fama que lo precede, ustedes dos deberán hurgar entre los casos antiguos sin resolver. Ya sabe: desempolven unas cuantas carpetas, rellenen unos pocos informes y hagan tres o cuatro llamadas. Me basta con que se dejen ver poco y no hagan mucho ruido. Quizá les esté exigiendo demasiado...

Resoplé para expresar mis dudas sobre la enormidad de la empresa.

—No lo pone fácil.

—Ya, lo supongo. Anden y dejen ya de molestar...

Lo dicho, no esperaba un recibimiento con guirnaldas, banda de música y llaves de la ciudad, pero enviarme a revisar casos antiguos sin resolver era lo más parecido a una humillación. A mis cuarenta y siete años yo era un sargento experimentado y con una hoja de servicios plagada de éxitos. Era cierto que había tenido roces con algunos compañeros y que el último se había resuelto por la vía tradicional; es decir, chafándonos la cara. Que uno de esos compañeros fuera mi superior, un subinspector con mucha prisa por ascender en el escalafón, había sido un agravante que había estado a punto de dejarme sin curro. Finalmente, la cosa había quedado en un cambio de aires forzado y fuera de la gran metrópolis. Un engorro abandonar Barcelona, desde luego; pero bastaba con echar una ojeada al libro del *Apo-calipsis* para darse cuenta de que se trataba de un castigo

tolerable. Que aquel inútil me enviara a remover la mierda de los casos que no habían sabido resolver era casi una provocación. Cualquier aprendiz de policía sabe que los casos que envejecen pierden toda posibilidad de ser resueltos a no ser que el azar decida intervenir. En los periodos de poco trajín se suele encargar a los novatos que revisen algunos de esos expedientes casi olvidados, en parte para mantenerlos ocupados y que aprendan a redactar informes y en parte para que las familias de las víctimas saquen la impresión de que las investigaciones de sus casos siguen adelante. Pero la realidad es tozuda: casi nunca llega a resolverse ninguno.

De entrada sufrí un leve amago de cabreo, pero pronto me di cuenta de que, bien mirado, mandarme a ese territorio de inopia policial con el encargo expreso de no dejarme ver demasiado resultaba el mejor de los destinos posibles. Lo había pasado mal durante las últimas semanas y no me encontraba en mi mejor momento. Tras la terapia hormonal y la radioterapia, no sabía cómo iba a quedar el asunto de mi enfermedad y cómo iba a afectar a mi vida diaria. Un trabajo relajado y apartado de los focos me ocuparía lo suficiente para no pensar en mis desgracias. Las últimas semanas, de baja laboral y ocupado en entrar y salir del hospital, habían resultado un auténtico calvario. Un trabajo reposado y poco exigente resultaba la mejor alternativa. Al menos de momento.

Seguí a la agente Artero en un *tour* por toda la comisaría y oí sin escuchar su perorata de bienvenida y sus indicaciones hasta acabar en una vieja mesa arrinconada y sospechosamente cercana a la puerta de los servicios. Eso no me gustó. Mi acompañante debió de notar que la sangre que corría por mis venas estaba alcanzando el punto de ebullición:

—Es un honor trabajar con usted, sargento.

—Ya. ¿Y aquí a todo aquel que quieren rendir honores le reservan una mesa con aromas urinarios?

—¡Oh! No haga caso, jefe. Se trata de una ubicación provisional, mientras acaban las reformas de la zona oeste. He comprobado que el teléfono y el ordenador funcionen perfectamente.

—¡Usted sí que sabe cómo hacer feliz a un hombre!

Mientras intentaba mitigar su sofoco, la agente señaló una gran caja de cartón que había junto a mi mesa. Contení un sinfín de carpetas amarillas. La Generalitat se había gastado una fortuna en un sistema informático que era la envidia de todas las policías europeas y a mí me llenaban la mesa de viejas carpetas descoloridas. Escogí una al azar y la tiré sobre la mesa.

—Bueno, ahora que ya estamos en plena vorágine laboral, podríamos darnos un respiro y echar un cigarrito. Usted fuma, ¿verdad?

¿Por qué me molestaba en preguntar? Era obvio que no. Demasiado hermosa, demasiado azucarada y demasiado sana para ser policía. Seguro que hasta era virgen y vegana y votaba a un partido ecologista. Hasta se hartaría de hacer flexiones en algún gimnasio. Ignoré la desaprobación que transmitían sus cejas enarcadas e inicié el camino hacia la salida principal. La agente corrió detrás de mí.

—¿Sus órdenes le obligan a seguirme hasta cuando vaya a fumarme un pito? ¿A quién cojones sacudió usted para que le endosaran esta mierda de trabajo?

Bajó la mirada para ocultar el apunte de cabreo que asomaba tras el azul de sus ojos.

—No me suelo pelear con mis compañeros. Soy una persona paciente y me gusta el trabajo en equipo. Además, fui yo quien pidió trabajar con usted.

Por supuesto, los médicos me habían prohibido fumar. Por eso el tabaco sabía tan bien. Miré fijamente a mi compañera mientras me sacaba del bolsillo el paquete de Bisonte. Encendí el cigarrillo antes de cruzar la puerta de salida. Aquel metro sesenta y cinco de uniforme reglamen-

tario que corría tras de mí no estaba bromeando. ¿Por qué alguien en su sano juicio iba a querer trabajar con un tipo como yo?

—Me conmueve tanta devoción, agente. Aunque me parece estúpido que se empeñe en arruinarse la carrera.

—¿Qué pasa con usted? ¿Está decidido a que lo expulsen? Hay quien dice que era usted un policía superbueno.

—Hasta aquí me persiguen mis difamadores...

—Además, usted y yo somos parientes.

Al final iba a resultar que la modosita agente Artero también era humorista. Tal vez me propusiera formar un dueto y salir a ganarnos la vida por los escenarios. Para evitarme sus chistes, caminé unos cuantos pasos intentando ignorarla. Había decidido clasificarla dentro de ese nutrido grupo de seres creados por una fuerza suprema con el único propósito plausible de tocarme las pelotas. Otra mosca cojonera. Un mal menor, por supuesto. Cuando creí que la chica había sucumbido a mi desprecio y la había dejado muy atrás, me sorprendió su voz pegada a mi espalda.

—Mi segundo apellido es Boniek, como el suyo. Cuando lo pronuncio, todo el mundo me pregunta si soy pariente de aquel futbolista polaco de los años ochenta. Supongo que a usted le pasa lo mismo. Es un apellido tan inusual que decidí investigar y me costó tan solo unos minutos averiguar que usted y yo somos familia.

—Estoy seguro de que todos los Boniek del mundo proceden de un mismo mono polaco, pero...

—¡Oh, no es necesario irse tan lejos! Mi abuelo materno, Arcadio Boniek, era el hermano pequeño de su madre, Teresa Boniek.

—¡Ya! Lo imaginé en cuanto la vi.

—¡Jolín! No solo no me cree, sino que además se cachondea de mí. ¿Tanto le cuesta ser un pelín amable?

—Usted y yo estamos en el mismo estadio de la cadena evolutiva, pertenecemos a una raza semejante, utilizamos

una lengua parecida y tenemos un carné de identidad con el mismo pajarraco, pero estoy seguro de que ahí se acaban nuestros puntos de contacto...

—Al parecer, Teresa y Arcadio Boniek también eran dos hermanos superdiferentes, y por eso acabaron enfadándose y separándose.

—Me consuela que haya precedentes... Antes de que nos tiremos los trastos a la cabeza, podríamos empezar a tutearnos —arrojé mi propuesta mezclada con humo hacia su cara—. Me hace sentir un fósil que me trates de usted.

—Sí, claro—me tosió—. Por lo que he podido averiguar, Teresa se enamoró de tu padre y decidió casarse con él a pesar de la oposición de mi bisabuelo David, que debía de ser un tipo de mucho carácter. Tus padres decidieron montárselo por su cuenta y se mudaron a Barcelona. Nunca más quisieron saber nada del resto de la familia.

No lo habría reconocido ni sobre un potro de tortura, pero me resultaba desconcertante y a la vez intrigante que aquella mocosa desconocida supiera más de mi familia que yo mismo. Durante mi infancia y juventud, en casa de mis padres solo había existido una rama familiar, la de mi padre, una triste estirpe de hambrientos granjeros murcianos que había culminado en la figura de mi padre, un malhumorado policía nacional que, tras miles de años de servicio, se había jubilado nada más y nada menos que con el rango de cabo. Siempre me había parecido que la rama paterna del árbol familiar estaba medio seca y resultaba poco conveniente encaramarse a ella. De la rama materna, sin embargo, no sabía nada. Nunca había visto fotos viejas ni películas domésticas de celuloide, ni me habían explicado batallitas de heroicos abuelos, ni un domingo por la tarde se había presentado a comer un tío Evaristo o una tía Eulogia que llegaran de un pueblo a Barcelona para buscar trabajo o coger un tren o realizar algún trámite en alguna dependencia oficial. Nada. Mi madre nunca me había ha-

blado de su infancia y en algún rincón de mi cerebro había arraigado la generalización de que las madres no tienen pasado. Absurdo, cierto, pero parecía uno de esos axiomas que los niños acaban aceptando sin demasiadas preguntas. La estupidez de esa reflexión quedaba ahora confirmada por las palabras de la joven policía que me miraba fumar con una sonrisa, sabedora de que se había apuntado algo parecido a una victoria.

—Vaya, sabía que mis abuelos habían vivido en Lleida, pero mi madre nunca me dijo que hubiera dejado familia por aquí.

—¡Oh, ya lo creo! Te puedo presentar a mi abuela Rosa, mi tío Arcadio, mis padres y mi hermana...

¡Vaya mierda! Superada la sorpresa inicial, no resultaba nada estimulante descubrir de repente que era el tío o el sobrino de alguien. No me gusta la gente. Las relaciones sociales siempre me han parecido un engorro y una pérdida de tiempo. Y de todas las relaciones sociales, las familiares siempre han sido las peores. No estaba dispuesto a ir a tomar el té con ningún desconocido ni a escuchar viejos cotilleos sobre antepasados ni a ser interrogado sobre la vida de mis padres, a quienes, por cierto, también veía lo menos que podía.

—Me voy a quedar sin uñas mientras espero a que llegue la comida de Navidad, Margarita.

—Azucena.

—¿Qué?

—Que me llamo Azucena, no Margarita.

—¡Ah! De acuerdo, prima.

Fui borde y rematadamente desagradable, pero la agente Azucena Artero Boniek aguantó como una campeona y apenas conseguí arrancar una mueca de decepción en sus labios. En cuanto volvimos a cruzar la puerta de la comisaría, la chica ya había recompuesto una sonrisa digna de un aspirante a presidente del Gobierno.

—¿Por dónde empezamos? —quiso saber mientras una nebulosa de efluvios fétidos nos acogía y nos sentábamos en las mesas respectivas.

—¿Y qué más da? Todo huele a la misma mierda.

Algún capullo había dejado abierta la puerta del lavabo.